

## El uso de armas

Cunde la criminalidad de una manera alarmante y ha llegado aquel momento, grave entre todos, en que una sociedad entera se pregunta qué muelle, qué resorte es el que se ha roto en el interior del organismo colectivo, para llegar á tales excesos de irregularidad en la marcha de la máquina social.

La criminalidad se desarrolla en progresión tan alarmante que ha llegado á inspirar serios temores en los que se ocupan de estos hechos, con preferencia sobre el precio de los trigos y la cotización de los títulos ferrocarrileros, quizá porque entienden que el perno de un país consiste más en los aspectos de su moral, que en el agiotaje comercial y bursátil.

Sobre todo, llama la atención el hecho de que en estos últimos tiempos el recrudecimiento de la nota criminal se haga á expensas de las mujeres, víctimas al fin y al cabo del viejo prejuicio que las pone por debajo del dominio del hombre, sometiéndolas al rancio criterio esclavizador que las entrega, indefensas, inermes, á la voluntad masculina, sea al marido, al amante, al padre, ó al capricho brutal y bárbaro del transeunte desconocido, cuya malsana comprensión de la vida estalla siempre en la barbarie de un acto de violencia.

Ante esa exageración cruel que ha derramado ya tanta sangre y que día á día lanza un velo de

miseria y de dolor sobre las acostumbradas gace-  
tillas, doblemente criminales, gente de buena vo-  
luntad ha llegado á preguntar qué medios se po-  
dían emplear para contener ese desborde de pa-  
sión, ese exaltamiento de la voluntad criminal.

La recrudescencia del delito no es nueva. En  
todas las sociedades se ha hecho notar, como un  
fenómeno digno de atención y de estudio, prurito  
en el crimen que aparece á grandes intervalos,  
acentuando la característica de lo malo. En Es-  
paña, no hace mucho, raro era el día en que la  
crónica roja no se veía en la necesidad de des-  
cribir uno de esos hechos vulgares y repugnantes  
en que la furia masculina cebábase en el cuerpo  
débil de una mujer. Esa forma del delito adquirió  
proporciones tan extraordinarias que á la postre  
hubo necesidad de una conjuración de la prensa  
y de las autoridades para evitar su desarrollo. En  
Francia, más tarde, las fechorías de los *apaches*  
reprodujéronse en forma tan excesiva, que se hizo  
necesaria una acción violenta de las autoridades  
para poner término á los abusos de esa criminali-  
dad que destruía por su base todas las conquis-  
tas del París-labor.

Es, hoy, en este Buenos Aires, donde florece  
la vergüenza de un inexplicable afán de muerte,  
condenable en toda forma y merecedor del más  
severo castigo. Pero, como aquí la vida es muy  
otra, como la misma miseria tiene un aire más  
adecuado á la facilidad de una vida nueva en  
que un pueblo joven derrama el caudal íntegro de  
su actividad y de su poder, el delito es muy dife-  
rente de lo que era en España cuando los matado-  
res de mujeres ensangrentaban las calles de sus  
ciudades ó en París cuando el *apache* llenaba de  
justificado temor el espíritu pusilánime del bur-  
gués. El crimen mismo es aquí más espontáneo,  
más sencillo, sin las complicaciones psicológicas  
de aquellos pueblos cuya sociología es una ver-

dadera complicación de problemas y de conflictos  
casi insolubles.

La amalgama de tantos pueblos y de tantas ra-



Un apache

zas en el suelo permanentemente virgen de Amé-  
rica no se ha consolidado aún en la fusión moral,  
ni ha producido un verdadero tipo americano, cu-  
yas cualidades, favorecidas por la existencia fá-  
cil y por la posible satisfacción de todos los de-

seos, puedan superar las ansias de lucro, la necesidad de satisfacer los apetitos materiales, que éstos, son, hasta hoy, los principales legados de las razas inmigrantes á las nuevas razas aquí nacidas.

En otros países, en los del viejo continente, donde la vida transcurre por lo general en la monotonía de lo que ya se conoce, donde las dificultades materiales obligan al excedente de población á retirarse en busca de más amplios y generosos horizontes, se hace posible la organización de bandos de criminales como en París, la aparición de bandidos justicieros como en Andalucía, la concentración de brigantes como en el sur de Italia, ó, aún, la exaltación individual contra las mujeres, como en Madrid, hace un par de años. Obliga á ello el agotamiento moral de las clases pobres, consumidas en una interminable labor, estallando al fin en actos criminales, demostración del hondo desequilibrio moral en que viven como producto de la miseria.

En este continente, empero, la cuestión ofrece nuevos aspectos y hay que encararla como producto legítimo de ese espíritu de aventura y de conquista, característico en todos los que aquí aportan con sus deseos y esperanzas y que por herencia ha pasado á los mismos americanos, hijos de europeos, y por asimilación á los nativos de este suelo, sin distinción de clases, edad, ni siquiera de temperamentos individuales.

El ansia de los conquistadores y colonizadores de América, de obtener á todo trance aquellos medios materiales que les aseguran el predominio en el viejo continente, continúa hoy, difundido en el ambiente, asimilado, como decimos, por los mismos americanos, los cuales ponen en todo cuanto les rodea un impulso pasional tan grande que sería ridículo si no tuviera esa característica de atavismo.

En política, en industria, en comercio, en la misma vida privada, se hace en este continente un derroche tal de energías que sólo en la forma ya explicada es posible comprenderle. De ahí que arrastrados por ese ímpetu de conquista, de supremacía del «yo», nadie se detenga á considerar el aspecto moral de sus gestos, aceptándolos únicamente en su forma de hechos materiales que permitan la realización de las ambiciones. Lo moral no interesa y por ello se le abandona.

En ese menosprecio instintivo de lo moral, que ya nadie cuenta ni nadie compara, puede hallarse la causa de esos muchos crímenes que envilecen el ambiente. Despreciada la parte moral que debe de haber en toda acción de hombre, la materia impone su dominio y triunfa. Y cuando la materia triunfa es, siempre, á expensas de lo bueno y de lo bello.

El atavismo del impulso que llevaba al conquistador á amedrentar al salvaje habitante de estas tierras nuevas, persiste aún en el espíritu del hombre de hoy, con todas sus características de predominio avasallador. Cuando el aventurero se oponía con audacia al avance de un grupo de indios, fulminándolos con el estruendo del arcabuz ó del mosquete, imponíase con gallardía sobre el espíritu lleno de sombras de aquellos pobres seres. Era, además, un aprovechamiento de la superioridad del ingenio sobre la fuerza bruta.

Desde aquellos tiempos América ha sido siempre la tierra predilecta para el uso de las armas de fuego. La criminalidad, envuelta en el manto ya raído del aventurero de otros tiempos, ha usado del revólver con preferencia sobre el cuchillo, como en aquellas épocas se usaba del arcabuz, obra del ingenio, que había de ayudar á dominar la horda

salvaje armada de lanzas y flechas, rehuendo un combate cuerpo á cuerpo que había de resultar fatal.

Desde aquellos tiempos América ha sido la tierra clásica de los combates desiguales, en que el triunfo ha sido para el que ha dispuesto de medios más completos para rehuir las consecuencias de una lucha igual. Los encuentros á arma blanca han quedado relegados para el obrero inmigrante ó para el gaucho de las pampas, en aquél por haber predominado la costumbre, en éste por querer hacer de toda acción personal un motivo de lucimiento y de gallardía.

Poco á poco se ha ido desterrando el uso del cuchillo, del puñal, del facón, predominando en absoluto el empleo del revólver, que no es de mal tono exhibir sospechosamente por debajo de las alas del aristocrático frac. Se ha comprendido que el uso del arma blanca requiere una dosis mayor de ferocidad personal y todo el mundo ha sentido cierta repugnancia por el cuchillo que hasta hace algunos años podía verse debajo del «saco» más correcto. La misma justicia ha hecho especial objeto de castigo al autor de heridas ó muerte por medio de arma blanca, considerando pecados veniales, fáciles de redimir, las heridas ó muertes producidas por medio del revólver.

Aceptada por todos esa manera de juzgar y de pensar, creo yo que habría en ello un medio más ó menos fácil de poner coto á la criminalidad reinante. La idea es de fácil aplicación; quizá de óptimos resultados.

Considerando inevitable el porte de armas, dada la característica belicosa y agresiva de la población americana (nativa ó no) que por causas atávicas continúa considerando la vida como un empeñoso triunfo del yo soberano por encima de las demás voluntades, la autoridad legalmente establecida debiera de prohibir y castigar severamente

la venta y uso de armas de fuego, permitiendo apenas el de armas blancas.

Esa nueva manera de encarar el problema de la defensa personal no tardaría en ser de benéficos resultados para la seguridad colectiva, pues con el uso de arma plebeya, del cuchillo, disminuirían los crímenes, tanto como aumentan desde que policía y jueces han comenzado á hacer la vista gorda en el uso del revólver.

Efectivamente: el empleo de un arma de fuego es elegante, sencillo y no ofrece las grandes dificultades del cuchillo. Para defenderse ó para atacar con un puñal se requieren elementos combinados: agilidad, fiereza, destreza. El empleo del cuchillo, para herir á otra persona, supone además cierta ferocidad innata, ya que es necesaria una buena dosis de ella para hundir un hierro en un cuerpo humano y retirarlo luego ensangrentado, las manos manchadas, en una horrible visión de crimen y de dolor. El ataque á una persona, cuchillo en mano, supone además una lucha arriesgada; es el encuentro cara á cara, feroz, temible, casi la igualdad de un conflicto en que ambos contendientes pueden salir mal heridos. Eso, naturalmente, no agrada á la generalidad de las personas, que carecen de todos los requisitos necesarios para triunfar en la lucha; y, en cambio, las satisface el empleo del revólver, arma traidora por excelencia, disparándose desde lejos, á mansalva, sin necesidad de un esfuerzo, sin exigencias de destreza y agilidad, pues basta el simple apretar de un gatillo para que el hecho criminal se produzca.

Prohibiéndose el empleo de arma de fuego y autorizándose, legalmente, el porte de armas blancas, la criminalidad, especialmente en la clase media, que es hoy una de las que mayor contingente dan, llegaría á la supresión de esos hechos que

avergüenzan el adelanto moral de nuestros días y llenan de sombra el espíritu de Buenos Aires.

Si en vez del revólver se utilizara el cuchillo, pronto desaparecerían de la crónica policial esa retahíla de sucesos de muerte y de dolor, porque no todos tendrían el atrevimiento de desenvainar un arma en el momento de las exaltaciones, cuando supieran que en vez del paso atrás requerido por el arma de fuego, debían dar uno hacia adelante y esgrimir con su contendiente, como en las viejas relaciones gauchescas.

Hay en el arma blanca mayor ferocidad, más bárbaro ensañamiento; pero todo eso es necesario para acabar con esa vergüenza del crimen que llena todos nuestros días, que inunda las páginas de nuestros diarios, como si ya en el mundo no hubiera más.

Hay que reaccionar y la reacción consiste en esto, en hacer que el crimen tenga caracteres más y más bárbaros cada día, haciéndolo difícil al espíritu del hombre moderno, en vez de facilitar como viene sucediendo hasta hoy.

Cuando hasta el hombre de guante blanco y almidonada pechera llegara á percatarse de que para vengar su honor ó dirimir una dificultad del momento debía emplear el gesto del bárbaro que asalta cuchillo en mano, con peligro de su vida, al adversario, cara á cara y cuerpo á cuerpo, la mitad de los crímenes se evitarían... por antiestéticos.

## Marea de sangre

La actualidad pertenece al crimen. La distribución de los premios Nobel no ha merecido este año el honor de una columna de comentarios en la prensa de esta metrópoli, que en un momento de buen humor alguien quiso comparar con Atenas. Los sabios que este año último han merecido la universal consagración de la academia sueca se han visto supeditados á las exigencias de la información criminal. Swinburne, Metchnikof, Lippmann, todos los demás que han sido recompensados con el premio Nobel, no han podido ir hasta el público porque las columnas de los diarios reservábanse para las declaraciones de Juan «el reo», para el retrato de «madama Porra», para una descripción espeluznante de la mujer decapitada, para el último asesinato, para «el crimen de anoche».

La marea de sangre sube, rugidora y temible, con un sordo rumor de destrucción y de muerte. Los diques más altos son para ella débiles vallas; nada resiste á su empuje, y los más nobles y más puros sienten que, de vez en cuando, azota su rostro y salpica su alma el espumarajo mal oliente de esta marea atávica.

Hay que reaccionar; imponerse al curso de esa corriente de muerte para acentuar el imperio de la reflexión y de la justicia. El hombre es un animal que vive preso á lo pasado por los mil lazos de su